

Las manos de Himilce

El peso de la tradición en los roles y comportamientos de las mujeres aceituneras en Torreblascopedro

Francisco José Sánchez Montalbán



Las voces de los siglos emplean a veces recursos gloriosos y poco prudentes. Si la historia enjuiciara los sesgos y vicisitudes sufridos por las mujeres, sin duda, apuntaría en primeros términos a aquéllas que, siendo parte justificada de la memoria, se avistan con dificultad en las crónicas más objetivas. Himilce, nacida en Cástulo, contrajo matrimonio con el afamado estratega cartaginés Aníbal Barca, en Quart-Hadast (hoy Cartagena). Princesa íbera, obtuvo su protagonismo, más

LAS MANOS DE HIMILCE

11

Francisco José Sánchez Montalbán

como moneda de cambio que como incremento emocional en la vida del cartaginés, así como un importantísimo medio de unión y alianza política entre pueblos y culturas. Himilce es, quizá por lo cercano y por su herencia, hoy todavía, un símbolo de las mujeres de la zona: estrategia cultural, política y económica que, a tesón de manos y anonimato, ensalzan y fortalecen la gloria de los hombres más poderosos.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es plantear una reflexión acerca del trabajo, el comportamiento, los roles, actitudes y situaciones de la mujer aceitunera en Torreblascopedro, junto a Cástulo, ciudad de Himilce, Jaén. La investigación se ha llevado a cabo a través de la observación y captura de imágenes, así como con entrevistas y comentarios con diferentes mujeres en cuadrillas que trabajan en dicha localidad.

Las mujeres, como actores sociales, suponen, a priori, en este caso, un contingente indiscutible en distintas labores en la temporada de recogida de la aceituna. Por esta razón se considera de cierto interés y atractivo el encontrar claves para el acercamiento a la comprensión de su participación en dicha actividad. De esta manera, dicha apuesta se hace desde la perspectiva de entender que la mano de obra femenina, en el marco social y económico de las sociedades y culturas actuales, plantea un reto como fenómeno que contiene el doble paradigma de la convicción de que el empleo rural femenino, en temporadas, es un fenómeno inherente a nuestra propia sociedad y sus estructuras; y por otro, que plantea la dualidad de entrelazar diferentes roles y comportamientos a los que se establecen en situaciones cotidianas en el contexto social.

Considero que es imprescindible desde este momento aclarar que, enfrentarse a este reto de analizar y discernir el tema, debe plantearse desde la etnografía e incluso desde el subjetivismo de las impresiones visuales, ya que ambas crean un sentido dialéctico en el entendimiento y análisis del hecho, tanto a un nivel formal como conceptual. Estoy convencido de que las mujeres trabajadoras en la «aceituna» –incluso en otras tareas– sostienen un doble comportamiento, o mejor dicho, adoptan formas tradicionales de comportamiento y actividad, tanto en un sentido vivencial como en «lo que se les presupone». Por esta razón, se pretende, no ya demostrar, pero sí acercarnos a com-

prender y analizar cuáles son esos impulsos, actos y comportamientos que pudieran definir y delimitar las diferencias que marcan el papel de la mujer en la recogida de la aceituna.

Es por esta razón que se explicará que las tareas y funciones de las mujeres corresponden a un sistema tradicional aprendido y compartido por todos que implica una idea conceptual significativa, y que no son aplicables a ideologías o actividades que históricamente se han venido produciendo en las sociedades, ya que son más cercanas a costumbres humanas locales que a ideales categóricos.

Si por algo tuviéramos que insistir en la justificación de la imagen fotográfica como medio de recogida y muestra de datos y significantes, partiríamos de la observación de que la fotografía supone una de las actividades más significativas de intervención en el entorno social. De hecho, la antropología visual parte de la creencia de que la cultura se manifiesta mediante símbolos visibles, gestos, las ceremonias, rituales, y los artefactos situados en ambientes construidos y naturales. La cultura es, pues, concebida como una manifestación donde intervienen actores y actrices con actitudes, disfraces y escenas. La personalidad cultural se conforma con la suma de los escenarios en que uno participa. Si uno puede ver la cultura, entonces los investigadores deberíamos ser capaces de emplear tecnologías audiovisuales para registrar los datos receptivos al análisis y presentación. La mayoría de las teorías sobre la cultura contemporánea enfatizan a la naturaleza socialmente construida de realidad cultural y la naturaleza tentativa de nuestra comprensión de cualquier cultura.

Así pues podemos entender que la fotografía potencia el entendimiento y la comprensión de la recogida de datos iconográficos acerca del hombre, sus actitudes y utillajes, se acerca a la muestra interpretativa y casi simbólica de las imágenes obtenidas. Como mediadora de significantes, la imagen visual aporta contenidos ocultos y misteriosos al estudio y entendimiento de lo representado; así, simbolismo, representación, verdad y metáfora, confieren a las investigaciones un carácter de discurso semiótico, lingüístico –si se prefiere–, no exento de connotaciones estéticas y artísticas capaces de suscitar explicaciones denotativas y, por qué no, de carácter emocional y subjetivo.

Esta subjetividad emanada de las afirmaciones de la imagen no es otra cosa que la apariencia real de las sensaciones y viscerales pen-

samientos que la propia realidad nos produciría. De esta manera, la fotografía absorbe las cualidades del referente real para concretar en su registro facultades suficientes para detener el tiempo y conservar la experiencia –o una experiencia paralela, reflejada, fijada– de forma eterna.

La fotografía, pues, defiende y rescata la realidad a través de la constatación de su imagen; se vuelve espejo de lo real para trasmitirlo y divulgarlo, y en el camino –por qué no– convertirse también en un modo de expresión y de arte.

2. PRIMERAS NOTAS SOBRE EL ROL FEMENINO EN LA RECOGIDA DE LA ACEITUNA EN TORREBLACOPEURO

2.1. Aspectos históricos

El método más usual que se ha empleado en la zona para la recogida de la aceituna ha sido el vareo y posterior acopio del fruto directamente del suelo o a través de mantos extendidos bajo el árbol. Las mujeres siempre han participado en la fase de recogida y carga del fruto. Las implicaciones en estas campañas siempre han sido cubiertas a pesar de sus roles y actividades en otros campos como el doméstico o el cuidado de los hijos. Las mujeres han tenido un papel muy marcado y específico en estas campañas y rara vez han salido de ellos: recogida de la aceituna una vez ésta está en el suelo. Se han encontrado incluso referencias con relación a su posición en el contexto laboral. Las cuadrillas, no excesivamente numerosas (al rededor de 15 ó 20 personas) han contado con un 40% ó, a veces, 70% de contingente femenino.

Nos llegan todavía ceracanas referencias a formas de vestir (refajos, sombreros, etc.) que hacen pensar en indumentarias específicas que hoy día se han perdido.

En otros tiempos, no demasiado lejanos, las cuadrillas se distribuían en función de diferencias de sexo. Los hombres iban al tajo montados sobre el remolque, mientras que las mujeres nunca se montaban en él, viajando sobre el tractor, acomodándose sobre él como buena mente podían. Tan sólo la mujer del tractorista podía acceder a viajar sobre el remolque. Esta costumbre, si bien ya no es muy usual, todavía es posible de encontrar en ciertas cuadrillas si, sobre todo, deben atravesar el municipio en un cambio de tajo.

2.2. Fase de observación



Las cuadrillas son variadas; prácticamente el 50% de sus componentes son mujeres. Al amanecer nos montamos en los remolques que esperan en un almacén a las afueras del pueblo y nos dirigimos al tajo. Toda la cuadrilla viaja junta. Una de las mujeres me explica que sólo tendremos tres momentos para poder hablar: en el remolque durante el trayecto, durante la media hora de la comida y la vuelta al pueblo.

simientos que la propia realidad nos penaliza. En esta manera, la



EL TORO
DE
CASA

16

Las edades de las mujeres son muy diversas; entre los 16 y 64 años. Existen relaciones de parentesco entre ellas y el resto de la cuadrilla; hermanas, esposas, cuñadas, novias, madres. Parece existir un buen entendimiento, camaradería y complicidad. Se denota respeto por las mujeres más mayores. Durante el trayecto se comparte comida: tortas, pasteles, tostadas con aceite.

...acomodándose sobre él como buena...



Al llegar al tajo se reorganiza el grupo; las mujeres encienden una hoguera para calentarse. El *manigero* –actor siempre masculino– decide el lugar donde se depositan las *capachas* de comida, abrigos, agua y otros utensilios. El fuego consume rápidamente las ramas secas de olivo; de inmediato el pito de un tractor llama a todos al trabajo.

LAS MANOS
HIMILCE

17

Francisco Jo
Sánchez
Montalbán



El TORO
DE
CAÑA

18

Los hombres han ido reagrupando la aceituna al rededor del árbol; detrás las mujeres se distribuyen sobre los montones para recoger el fruto. Portan «gavetas» o capazas para la recolección. La organización del trabajo corre a cargo del *manigero* o del patrón si se encuentra en el tajo.



La aceituna se coje directamente del suelo con las manos. A veces con guantes de goma, otras sin ellos, y manteniendo una constante postura agachada. Las mujeres las van compilando en las «gavetas», cargando una media de entre 8 y 12 kilos.

Las gavetas también están bien amontonadas por los navileros (grupo de hombres que forman los montones de aceituna bajo el árbol).

LAS MANOS DE
HIMILCE

19

Francisco José
Sánchez
Montalbán

EL TORO
DE
CANA

20



Las gavetas tienen un lado abierto que facilitan la recogida. Cerca de los montones se dispone una pala que transportará la aceituna a los remolques.



Algunas emplean peines o rastrillos pequeños para llenar las gavetas. En ocasiones limpian el fruto de hojas y piedras que han sido también amontonadas por los *rastrilleros* (grupo de hombres que forman los montones de aceituna bajo el árbol).

LAS MANOS DE
HIMILCE

21

Francisco Jo
Sánchez
Montalbán



Es frecuente el uso de rodilleras de skay almohadillado, u otro material resistente, para arrodillarse en el suelo; así como los guantes de plástico o cuero para proteger las manos. Éstos son, en muchos momentos, incómodos y producen un exceso de sudor en las manos, por lo que la mayoría de las veces se los quitan y trabajan directamente sin protección.

(lochè lo ojed anutiosa ab enotnom eol)



Cuando se trabaja con capazas la labor se hace en parejas. Arrodilladas junto al montón de aceituna, las mujeres van depositando la aceituna en los contenedores.

LAS MANOS DE
HIMILCE

23

Francisco Jos
Sánchez
Montalbán



EL TORO
DE
CAÑA

24

Se establecen más relaciones de complicidad y amistad entre las trabajadoras. El trabajo se acompaña con una constante conversación y un apoyo continuo a la labor de la compañera.

Las manos, incómodas y producen un exceso de sudor en las manos, por lo que la mayoría de las veces se los quitan y trabajan directamente sin protección.



El peso de las capazas es entonces superior ya que albergan más cantidad de aceituna.

LAS MANOS DE
HIMILCE

25

Francisco José
Sánchez
Montalbán

EL TORO
DE
CAÑA

26



Se ayudan con palas hechas con bidones transformados o botellas recortadas para la recolección.



Mientras las mujeres recogen la aceituna, los hombres van vareando los olivos y amontonando la aceituna. Este sistema de división del trabajo parece consensuado y aceptado por todos.

LAS MANOS D
HIMELCE

27

Francisco Jos
Sánchez
Montalbán



Una vez llena la capaza se transporta a la pala receptora. El trabajo se plantea con un ritmo constante y sin descanso.



El peso es en estos casos es mucho mayor, precisándose un elevado esfuerzo físico para el transporte.

LAS MANOS DE
HIMILCE

29

Francisco José
Sánchez
Montalbán



EL TORO
DE
CAÑA

30

Las mujeres realizan varias tareas en el tajo. Amén de la recogida también portan «sopladoras» con las cuales reunir la aceituna exparcida por el suelo en círculos al rededor del tronco del olivo para que posteriormente los rastrilleros las separen en montones. Las sopladoras se llevan a la espalda; se trabaja siempre de pie, envueltas en un ruido continuo a causa del motor que llevan. Cuando se acaban las hileras, las sopladoras ayudan a las recolectoras en la recogida de los montones.



En ocasiones especiales, cuando hay que adelantar trabajo en el vareado, cuando la «vibradora» no llega a ciertos árboles, o cuando el patrón lo considera necesario, tanto hombres como mujeres vorean las ramas. No es lo usual, pero no está restringido. Al igual que algunos hombres pueden, en situaciones determinadas, recoger aceituna del suelo. Pero todos saben que una cosa es trabajo de hombres y la otra de mujeres.

LAS MANOS DE
HIMILCE

31

Francisco José
Sánchez
Montalbán



EL TORO
DE
CASA

32

No existe el descanso. La jornada es completa y se para sólo durante media hora para comer. En ocasiones, y bien entrada la jornada, cuando la pala se toma un tiempo en descargar la aceituna en el remolque, las mujeres encuentran algunos instantes de descanso, al que llaman «el respiro», segundos contados que revitalizan el esfuerzo llevado a cabo.

sopladoras ayudan a las recolectoras en la recogida de los frutos



3. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE PERSONAJES, ACTITUDES Y OTRAS

3.1. *El manigero*: La figura del manigero es importante dentro de la cuadrilla. Se trata del hombre de confianza del patrón. Un intermediario entre cuadrilla y patrón. Establece y organiza el tajo según las indicaciones previas del patrón. Dice dónde se trabaja, dónde se come, y cuándo se hace. No existe la figura de mujer «manigera». Las mujeres son conscientes de que se trata de una actitud machista; pero de todas formas también son conscientes de que en los últimos 10 años su situación laboral ha cambiado considerablemente y que la figura del *manigero* tampoco tiene una importancia decisiva ni principal en las faenas y se mantiene más como una figura tradicional que como una necesidad laboral concreta.



EL TORO
DE
CAÑA

34

3.2. Edad de las mujeres: Las mujeres más mayores llevan en las cuadrillas bastantes años. Antes se empezaba a trabajar entre los 9 y 10 años. Una de las mujeres cuenta que desde los 9 años no ha faltado ni uno a la «aceituna», «...ni siquiera cuando estaba criando; y tengo cuatro hijos. Uno de ellos es ahora manigero». La perspectiva que nos ofrece nos proporciona datos sobre el cambio en las condiciones laborales de la mujer. «Ahora la aceituna da gusto cogerla, con las sopladoras y las vibradoras...; es todo muy rápido. Antes las cogíamos a mano; en invierno, con una navaja teníamos que ir cogiendo una a una las aceitunas del hielo que había en el suelo, sin ropa y el estómago vacío».



3.3. Reflexiones sobre el trabajo: Al principio me hablan con orgullo e importancia de su ámbito y sus costumbres. Rebuscan en la memoria historias importantes y anécdotas. Sistematizan sus momentos, el empezar, la comida, etc., como algo especial y significativo. Conforme pasan las horas, el trabajo se hace más pesado y cansado. Afloran entonces otro tipo de sentimientos y reflexiones: «*A mí no me gusta esto, pero no hay otro remedio*», sentimiento que como paradigma cultural recorre la mayoría de las bocas de las más jóvenes, como una excusa aprendida, como consuelo o remedio casero, que las mantendrá en la justificación de su empleo.



3.4. Edades y opiniones: De esta manera encontraremos entre las mujeres más jóvenes sentimientos de resignación momentánea y búsqueda de posibilidades escasas en otras posibilidades casi inexistentes. Las mujeres de mediana edad, mantienen por lo general un comportamiento de aceptación; *«esto es lo que nos ha tocado»*. En las más mayores podemos observar actitudes de resignación absoluta, de destino cumplido. En los hombres no parece haber este tipo de distinción. *«Los chicos que trabajan es porque no han querido estudiar y quieren dedicarse al campo; las chicas, por el contrario, no tienen otra opción»*. En los chicos parece más una elección que un destino al que hay que resignarse. La mujer parece que está de paso, como en un trabajo esporádico; pero no se va nunca.



3.5. Tecnología y distribución del trabajo: En los últimos años el aporte tecnológico ha propiciado en la campaña de la aceituna una ayuda considerable en la misma. La maquinaria ayuda a tener un trabajo organizado y rentable. Aparentemente no existe una clara diferencia entre quien utiliza las herramientas. Tanto hombres como mujeres usan las «sopladoras», incluso, por lo general mujeres. Los hombres vanean, las mujeres raras veces lo hacen. Las mujeres nunca conducen el tractor.

LAS MANOS DE
HIMILCE

37

Francisco Jo
Sánchez
Montalbán

4. ROLES DE LA MUJER ACEITUNERA

Estas fotografías son una ventana abierta a las costumbres y a los caracteres sociales que las mujeres protagonizan en la campaña de la aceituna; nos presentan una serie de roles e identidades propias del momento social, económico y cultural, y a través de ellas podemos ver cuáles son los valores y patrones de conducta y actitud de las mujeres y, por supuesto, de las que se tienen con respecto a ellas.

Las mujeres identifican y aceptan la imagen que tradicionalmente han conocido en la campaña de la aceituna; así, se ejerce un préstamo de identidad momentánea con el que reconocerse y al que ceñirse: De esta manera podremos distinguir algunos comportamientos claves.



- a) *Comportamientos estandarizados mantenidos por la tradición y costumbres populares locales.* Se trata de actitudes que recogen aspectos tradicionales, asociados con puestos de trabajo, actividades, etc.; ideas como que las mujeres trabajen juntas desempeñando labores concretas en la recogida del suelo y carga de las capzas o gavetas.



- b) *Roles de individualidad que presentan diferenciación y modernidad dentro de los papeles específicos establecidos. Se trata de actitudes que logran identificar el momento social más amplio; algunas mujeres, sobre todo las más jóvenes, mantienen un comportamiento similar al que mantendrían en otra ocupación laboral. Charlar, fumar un cigarrillo, hacer pequeñas paradas, mantener, en cierta medida, una muestra de comportamiento natural.*



4. ROLES DE LA MUJER AGRI-CULTORA

c.) *Actividades de diferenciación capaces de conservar y/o instaurar diferencias estructurales de pensamiento, actitud, capacidad física y status dentro de la población.* Nos referimos a los comportamientos estandarizados que, a través de las tareas específicas, crean un compendio de rasgos culturales en el trabajo. Vestimenta, agrupaciones, tipo de contactos entre ellas, etc., componen este catálogo de rasgos culturales arraigados.



Sobre los consabidos rasgos de debilidad, sumisión, prototipos de lo femenino que pudieran haber sido considerados desde otras perspectivas más tradicionalistas, hay que defender los de mujer fuerte, socialmente protagonista, definida como «sujeto social» que desplaza, modifica y redefine al concepto de mujer hogareña, sometida, ama de casa, que, por otro lado, es perfectamente compatible.



5. IDEAS FINALES

Habíamos planteado que la visión y constatación de los roles encontrados en esta observación podrían explicar que las tareas y funciones de las mujeres corresponden a un sistema tradicional aprendido y compartido por todos. Esto es especialmente claro si, a través de las imágenes derivamos que las mujeres ejecutan una labor socialmente establecida dentro del contexto de la «*aceituna*», aunque en el contexto más amplio de la vida cotidiana defiendan y ejecuten otros diferentes.

Esto es posible que plantee una controversia en el pensamiento contemporáneo, ya que no clarificará cuáles serán los parámetros claros de definición del comportamiento social de las mujeres en concreto. Según unos posibles postulados tradicionales, las mujeres siguen, pues, ejecutando en muchos casos las mismas labores en la campaña de la aceituna, así como los mismos roles y protagonismos más o menos estancos. Este tipo de organización y de comportamiento de los actores parecen ser aceptados sin problemas ni protestas; esto proporciona un claro recurso organizativo tanto en un nivel de estrategia colectiva como de necesidad individual, por lo que se advierte una adecuación entre el papel y las implicaciones laborales del mismo.

El planteamiento organizativo es claramente sorprendente si se deduce que en una sociedad pluralista y democrática la concepción tra-

dicional de división sesgada del trabajo ha perdido el sentido y la fuerza característica totalitaria y se encuentra en un estadio de aceptación de igualdad. Sin embargo, a partir de esta estrategia obligada por las circunstancias sociales, se vislumbra una triple metodología de comportamiento: una liberal, donde ni gobiernos ni instituciones se entrometen en estos asuntos de división sexual del trabajo, respetando las decisiones y el derecho privado del individuo. La individual, donde las mujeres asumen y defienden la última función de su trabajo a través de comportamientos tradicionalmente aprendidos. Y por último, la individual-reflexiva, donde las mujeres son conscientes de esa división y diferenciación en las tareas, a sabiendas que en otras esferas sociales no son así y que tienen la posibilidad de desarrollar otras formas de organización y distribución laboral.

El conjunto de símbolos y prácticas que componen la actividad de recogida de aceituna se cristalizan en un comportamiento visible y aceptado que, conscientemente hemos visto, entra en contradicción con las nuevas tendencias de comportamiento y actitud humana. A partir de este fenómeno, la recogida de la aceituna pasa a ser un símbolo capaz de relacionar los comportamientos tradicionales respecto a las mujeres, con los más avanzados sentimientos y actitudes de igualdad social. No se ha buscado ni se ha pretendido, por tanto, un concepto de las referencias de igualdad entre hombre y mujer, sino una aceptación de las experiencias y necesidades laborales de la zona en esa actividad. Así pues, no existe ni se precisa una rebeldía o lucha contra esta situación. La reivindicación conllevaría una pérdida de identidad social y de grupo, un pérdida de la estrategia válida, un esfuerzo inútil por crear otra distribución laboral que, como hemos visto, es susceptible de ir evolucionando y ganando puestos en función de las necesidades laborales.

Hemos comprobado cómo el fenómeno de recogida de aceituna, no desde un sentido conceptual, sino como un símbolo a través de sus aspectos definitorios, es para las mujeres de la zona un continente donde pueden leerse aspectos como el protagonismo diferenciado, el mantenimiento de signos tradicionales de organización social, la demostración de esfuerzo físico o la versatilidad en las funciones, etc. Es decir, donde se establece una interdependencia entre lo funcional y lo tradicional, no exentos, efectivamente de polisemias e incertidumbres.

Lo que está entonces claro es que el papel de las mujeres en la «*aceituna*» expresa un parámetro cultural-costumbrista en los individuos que

por otro lado es también susceptible de comportarse como un parámetro social estructural. La «*aceituna*» es una de las más importantes campañas de trabajo en la zona, por lo que la respuesta de las mujeres no es en todo caso sustituir o encontrar nuevas posiciones sociales, o nuevas estructuras de representación y consecución de derechos, ante las formas tradicionales, sino contribuir a la economía particular o familiar del grupo.

Sin embargo es lógico que surjan reflexiones individuales o grupales. Éstas constituyen la reflexión de un total social colectivo que se hace extensible a la cultura total actual. A partir de ello podemos establecer una relación entre trabajo y cultura en tres afirmaciones. La primera es que la «*aceituna*» es un hecho cultural. La segunda, por consiguiente, que las mujeres, como trabajadoras, participan en dicha cultura. Y la tercera que las implicaciones culturales de la «*aceituna*» mantienen a las mujeres en un estadio de paradoja debido al carácter tradicional de la organización de la labor.

A partir de ello será entonces la cultura colectiva la responsable del mantenimiento de roles y actitudes, así como de los avances y retrocesos; es decir, la colectividad de actores es la que justifica, mantiene y enjuicia las modalidades de comportamiento en esta tarea. Es, pues, esta cláusula la que nos lleva a considerar que estamos asistiendo a la convivencia de sistemas de organización y relación social contrapuestos.

Es a partir de este momento en el que se distinguen las posibles vías de crecimiento para las mujeres en la recogida de aceituna en el futuro. Evidentemente, y a partir de las reflexiones anteriores, podemos concluir que la mano de obra de las mujeres en la «*aceituna*» no puede ser algo extraño ni ajeno a la cultura y que en la globalidad y armonía cultural del grupo existe también la armonía cultural específica de la «*aceituna*». Esta armonía es compaginable desde la pluralidad y la individualidad por lo que el futuro de la misma se situaría en los aspectos personales de aceptación y, por extensión, en la aceptación plural de roles y prácticas.

De esta manera se establecerían tantas formas y adaptaciones culturales como cuadrillas existieran, tantos modos como mujeres, tantos roles como personas. Mantener la «*aceituna*» en un sistema tradicional inamovible y único conllevaría el empobrecimiento cultural, por lo que el futuro de la actividad se situaría en una concepción machista y sesgada.

Fotografiar la realidad es siempre un acto de amabilidad con el futuro. Buscar en el comportamiento las explicaciones es, a menudo, publicitar el pasado; ¡el presente es tan falaz...!



EL TORO
DE
CAÑA

44